

INTERNACIONAL

Bambari, frontera de la venganza

Las milicias cristianas centroafricanas persiguen a sus vecinos musulmanes hasta la ciudad donde se atrincheran

GEMMA PARELLADA
Bambari

“¿Qué pretenden, que esperemos con los brazos cruzados a que vengan a degollarnos?”. La voz incisiva de Zouberou, líder de las juventudes musulmanas de Bambari, resbala entre el ardor de mediodía, a la sombra de la gran mezquita. “No vamos a dejarnos asesinar y ser comidos por los antibalaka sin oponer resistencia”. Sentados en el mosaico de alfombras, decenas de hombres asienten. Los arcos, los machetes y los fusiles están listos.

Los musulmanes de la República Centroafricana, minoría en el país, se han convertido en parias desde que, en diciembre pasado, el desordenado y fetichista grupo de los antibalaka (antimachete), formado por cristianos y animistas, entró en la capital, Bangui, y “liberó” la ciudad del control de los rebeldes Seleka, instalados en el poder tras el golpe de Estado de marzo de 2013. Los antibalaka decidieron que toda la comunidad musulmana había sido cómplice de los Seleka, cuyos milicianos profesan el islam, e iniciaron una atroz cruzada.

Los linchamientos, asesinatos, amputaciones y actos de canibalismo han llevado a miles de musulmanes —el 90% ha dejado sus hogares— a huir hacia el noroeste, bajo la batuta de los Seleka, ahora Fuerzas Republicanas. El fantasma del genocidio ha visitado miles de hogares, el país está partido y Bambari, capital de los rebeldes musulmanes, está sitiada por el pánico.

También en el obispado, las armas blancas dan seguridad a los civiles no musulmanes. “Yo jugaba con ellos al fútbol, iba al colegio, pero ahora entiendo que no te puedes fiar de los musulmanes”. Lionel, con 17 años y camisa impoluta, sale cada no-

che a patrullar. Como él, miles de personas han llegado a las inmediaciones de la catedral buscando refugio. “Es solo Dios quien nos protege”, suspira la hermana María mirando al cielo. Dios y la cuadrilla de Lionel. “Estamos solos, ni las tropas internacionales ni nadie nos va a salvar, tenemos que asumir, pues, nuestra responsabilidad. No podemos dejar a nuestros padres y hermanas a merced de los ataques”, se resigna Lionel.

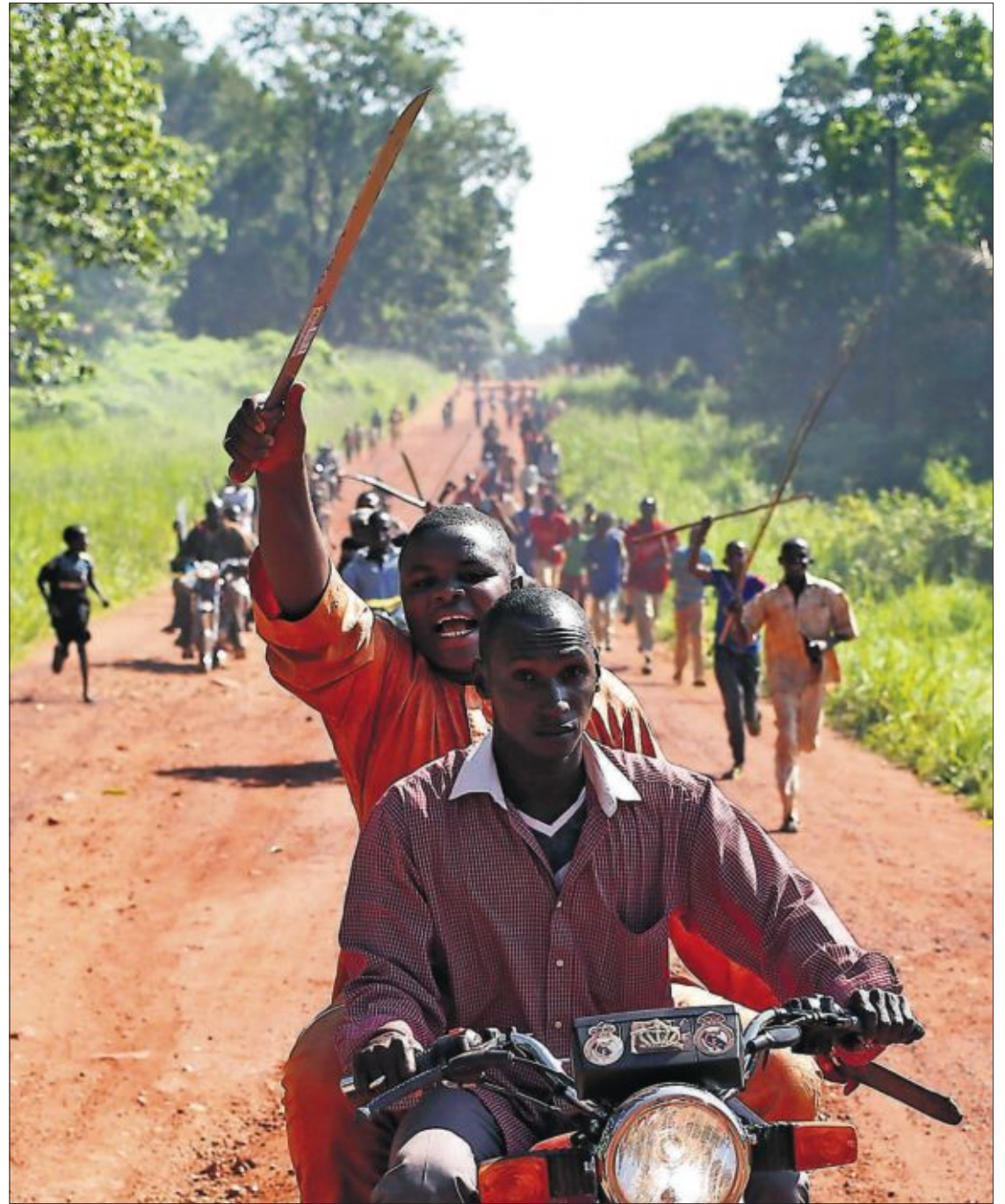
Aunque la población musulmana es minoritaria, la ciudad está bajo control de las Fuerzas



EL PAÍS

Republicanas. Por eso y porque la cohabitación entre ambas comunidades era ejemplar hasta hace apenas unas semanas —la lucha de poder y no la fe fue el motor del conflicto— centenares de musulmanes se instalaron en Bambari.

Con las primeras lluvias de mayo, los comerciantes con túnicas islámicas y los vecinos que rezan a otro dios aún se mezclaban en las callejuelas de Bambari, a 300 kilómetros de Bangui. Pero el divorcio se selló súbitamente. Fue un jueves a mitad del mes. Las balas, las explosiones quebraron la confianza.



Protesta contra la presencia de tropas de pacificación francesas en Bambari, en mayo. /GORAN TOMASEVIC (REUTERS)

El corazón hiperacelerado de Thèrèse, de 14 años y desplazada en Bambari, sigue el compás del miedo al imaginarse asesinada, decapitada, violada. Sucumbe y se desmaya. La venganza ha resultado ser muy cruel en los últimos meses y los vídeos de bebés quemados y milicianos mordiendo brazos se intercambian por *bluetooth*. Se está acercando. La pasada semana, al menos 70 personas murieron en los pueblos de alrededor, y los antibalaka ya están a las puertas de la ciudad. Han venido a “limpiar a los musulmanes”, dice con naturalidad un miliciano que camina

con un viejo fusil, con hojas en el cañón para proteger la pólvora.

Ahamat estrena uniforme militar. Y se escurre de la sala del hospital fantasma donde un amigo suyo acaba de perder un brazo tras los combates. Aguantando las lágrimas, Ahamat Nedjad no desprende el odio que segregan otros milicianos. Es el portavoz de las Fuerzas Republicanas, un joven de ciudad a quien la violencia voraz empujó al exilio. Deshila un discurso agudo y sin tapujos. “Se cometieron muchas exacciones en nombre de los Seleka, por eso queremos limpiar los elementos incontro-

lados y reorganizarnos. Nos llaman terroristas pero nos han masacrado. Solo queremos defendernos. ¿Quién lo hará si no?” se pregunta.

“¿Cómo llegaron hasta aquí los antibalaka?”, se cuestiona, desquiciado, Ibrahim. “¡Pues igual que llegaron a Bangui! ¡Los franceses les han abierto el camino! En Bambari estábamos en paz hasta que llegaron los franceses...”. Ibrahim se refiere a los soldados de la Operación Sangaris, los 1.600 militares desplegados por Francia —la antigua metrópoli— en apoyo a las fuerzas de la Unión Africana.

El populismo bolivariano

IGNACIO SOTELO



El caldo de cultivo del populismo es una enorme desigualdad social que en algunos países se refuerza con la diversidad étnica. Son sociedades marcadas por la distancia abismal entre una minoría de muy ricos y una inmensa mayoría de muy pobres y de pobres.

Un caso paradigmático era la Venezuela anterior a Chávez, donde la enorme riqueza petrolera convertía la desigualdad en todavía más hiriente. No es un caso excepcio-

nal, en muchos países la abundancia de petróleo ha propiciado mayor desigualdad.

El objetivo del populismo es corregir de inmediato la desigualdad, favoreciendo a los más pobres, al hacerles llegar la sanidad y las escuelas con un apoyo económico que les permita sobrevivir. En suma, el origen del populismo está en la desigualdad, así como su propósito es reducirla a una dimensión tolerable.

El libre despliegue del capitalismo conlleva una mayor desigualdad; disminuirla drásticamente, sin haber tocado el modelo productivo, trae desequilibrios crecientes, que, cuando se pretende controlarlos limitando las libertades civiles y acudiendo a la violencia represiva, el resultado es que desaparezcan de los mercados hasta los productos de primera necesidad. Intentar acabar con el desabastecimiento y la carestía echando la culpa al afán natural de aumentar las ganancias de los comerciantes, lleva consigo que en los comercios las estante-

rias estén vacías. El resultado es el enfrentamiento de los sectores más favorecidos por el régimen, en buena parte una población marginal, con las clases trabajadoras y medias, que han descendido en el nivel de vida, y son empujadas por las viejas oligarquías que se afanan por recuperar el poder.

Solo si se combina con crecimiento económico, cabe una política exitosa contra la desigualdad

Parece muy difícil que pueda coexistir armoniosamente una política social que supone una transformación revolucionaria de la estructura de la sociedad con el mantenimiento del sistema productivo capitalista. El populismo chavista lo ha in-

tentado, el resultado es una situación de casi guerra civil.

Solo si se combina con crecimiento económico, cabe una política exitosa de lucha contra la desigualdad. Aumento de la producción y de la productividad no supone sin más reducir la desigualdad, pero son las condiciones imprescindibles para lograrlo. Frente al populismo bolivariano, Brasil, conducido por el Partido del Trabajo, ha dado un ejemplo de cómo se puede crecer, sacando a grandes sectores de la pobreza y ampliando las clases medias, como espero que se consiga en el Chile gobernado de nuevo por una presidenta socialista.

En Europa el populismo está ganando posiciones en Reino Unido, Francia, Holanda, incluso en Alemania, que por su pasado nazi —el populismo más exitoso y sangriento de la historia contemporánea— se había mostrado hasta ahora bastante reacia. Ha surgido como la Alternativa por Alemania, que así se llama.